

De árboles y bosques septentrionales: una idea del Norte en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada

LUIS GONZÁLEZ FERNÁNDEZ
EHEHI-CASA DE VELÁZQUEZ
CAS LISST, UMR 5193 DU CNRS
luis.gonzalez@casadevelazquez.org

1. El leonés Antonio de Torquemada († 1569) goza de merecida fama de autor humanista ya que su ingenio dio lugar a obras tan notables como el *Manual de escribientes* y los *Coloquios satíricos*, pero quizá su obra más conocida sea el *Jardín de flores curiosas*, publicada en 1570, un año después de su muerte, obra que conoció una rápida y dilatada difusión no solo en España sino en Francia (con traducción temprana en 1579); en Italia se tradujo en 1590 (Rubio Árquez, 2005; Resta 2017), en Inglaterra en 1600 y en Alemania en 1626. Giovanni Allegra da debida cuenta de la fortuna editorial del Jardín en las lenguas vernáculas europeas, así como de otras traducciones tempranas y una lista de las obras del autor (Allegra en Torquemada, 1982; 82-83 y 81-84 respectivamente).
2. Como muchos lectores del *Jardín de flores curiosas*, mi primera cala en este amplio compendio de historias reales y fantásticas en torno a una multitud de temas, comenzó en el tercer tratado, que versa sobre «fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos de cosas acaecidas y otras cosas curiosas y apacibles». A pesar de su carácter a veces supersticioso, fue un tratado muy leído en su época por plumas tan severas y teológicamente doctas como las del jesuita Antonio Martín del Río, que acudió a Torquemada en numerosos pasajes de su colosal obra *Disquisitionum magicorum* de 1599, cuando el *Jardín* llevaba ya estampado y deleitando un cuarto de siglo.
3. Pero el *Jardín* no reúne únicamente descripciones de lo sobrenatural y fantástico, ofrece en sus dos tratados finales (y puntualmente en los tratados anteriores) unas por entonces detalladas descripciones para la península ibérica de los países de la Europa septentrional que, aunque cueste creerlo, por su relativa proximidad geográfica, podían en algunos aspectos

presentar a sus lectores más misterios e inquietudes que las tierras del Nuevo Mundo, que ya por estas fechas contaban con una nada desdeñable biblioteca de escritos descriptivos y comparativos. Dice la tabla de los coloquios:

El quinto trata de las tierras septentrionales y del crecer y decrecer de los días y noches hasta venir a ser de medio año, y cómo toda aquella tierra es habitada y cómo les nasce y se les pone el sol y la luna diferentemente que a nosotros, con otras cosas nuevas y curiosas. El 6 trata de muchas cosas admirables que hay en las tierras del Septentrión, de que en estas no se tiene noticia.

4. Como en los demás tratados, las informaciones que maneja Torquemada no son siempre de primera mano sino el fruto de unas amplias lecturas de los autores clásicos naturalistas y geógrafos así como de escritos más recientes como los de Olao Magno que había publicado menos de dos décadas antes una historia de la gente del Norte, *Historia de Gentibus septentrionalibus* (Roma 1555), y sobre la que se apoya frecuentemente el astorgano Torquemada por ser según explica un testimonio ocular de excepcional valor (Gómez-Montero, 2013; 160). Acude nuestro autor también a un impresionante corpus de historias sacadas de la *vox populi*, con menor o mayor grado de reserva al presentar y comentarlas. De imaginativo en exceso fue tachado Antonio de Torquemada, y aún de mentiroso (Díez Fernández, 2005; 35).
5. Son muchas las cuestiones abordadas en las páginas que dedica a Escandinavia y las tierras de los moscovitas a las que se extiende su idea particular del Norte (Gómez-Montero 2013; 159), desde lo que para un público meridional podía causar (y causa aún) asombro como el hecho de que la noche o el día polar pueda durar seis meses, hasta la descripción de todo tipo de animal misterioso o improbable (Díez Fernández, 1994). Particular interés muestra también por la relación que la gente del Norte tiene con el hielo y de cómo se libran batallas en lagos helados o se celebran reuniones pacíficas de pueblos en los meses invernales en los que las fronteras de agua se hacen franqueables. No deja de contar con cierto deleite numerosos prodigios, envueltos todos ellos en el velo de misterio que les confiere la lejanía geográfica y cultural.
6. Pero hablemos de árboles que ese es el tema que nos ocupa aquí. El espacio reservado a los árboles en el sugerente, y uno pensaría, apropiadamente titulado *Jardín de flores curiosas* se podría resumir en cuatro

amplias categorías, aunque lo de amplio quizá no convenga, como se verá. Las categorías serían pues las siguientes:

- 1) Que no hay árboles
- 2) Que hay muchísimos árboles
- 3) Que son como los de aquí (Castilla)
- 4) Que son extraordinarios y nunca vistos, o que constituyen los escenarios de cosas extraordinarias

7. Ante estas categorías en apariencia (y seguramente en realidad) contradictorias, convendría recordar lo que apunta en un sesudo artículo Susanne Niemöller (2013), siguiendo a Sherrill Grace (2007; 221), que a su vez sigue a Davidson (2005), quien afirma que existe «un concepto del Norte que es huidizo y abierto al igual que Davidson para quien “North is multiple, shifting and elastic; it is a process, not an eternal fixed goal or condition. It is above all, Other [...]”». Viene como anillo al dedo esta idea para definir las categorías arriba expuestas que señalan un elemento y su contrario en un mismo espacio discursivo que refleja, sin embargo, una idea mucho más amplia geográficamente según las lecturas o conocimientos de cada autor. Niemöller (2013; 231) expone que:

Cuando los autores españoles del siglo XVI se refieren a las *tierras septentrionales*, *reynos septentrionales*, *regiones septentrionales* o *gentes septentrionales* se remiten lógicamente sólo a una parte de las naciones, pueblos y reinos del hemisferio norte, pero cada uno determina a su manera esa parte mucho más concreta.

8. De ahí que en la idea del Norte, «un concepto abierto» (Niemöller, 2013; 234), quepan no solo las tierras escandinavas, que puede parecer evidente, pero las tierras de los Moscovitas (Niemöller, 2013; 231) y hasta Escocia.

1. En las primeras páginas de su sexto tratado, en el que habla del reino de Noruega, el buscador de bosques o simplemente de árboles no puede sino sentir cierto desaliento cuando lee la descripción siguiente de una especie de cierzo que sopla por aquellas tierras:

Y lo que es más los techos de los templos, cargados de plomo y de otros metales, han sido arrancados y llevados con tanta facilidad como si fueran ligeras plumas; y los hombres armados y a caballo no tienen más defensa y amparo contra el viento que si fuesen una muy liviana caña, que o los trastorna fácilmente, o lo[s] lleva contra su voluntad a dar en algunos hoyos o despeñaderos;*

y así, en algunas partes de Noruega que están descubiertas a este viento no nace, o a lo menos, no crece árbol ninguno: porque luego los quiebra y los arranca. Las gentes que habitan en aquellas partes por falta de leña hacen fuego con los huesos de pescado grandes que matan (Torquemada, 1982; 440).

9. Unas pocas líneas antes, nos hablaba igualmente del «viento cierzo que la mayor parte del año corre en algunas provincias, y algunas veces con tan crecida violencia que arranca los árboles y levanta las piedras grandes de la tierra y las junta y hace montones de ellas» (Torquemada, 1982; 439). El texto de Torquemada contiene en los márgenes puntuales resúmenes muy breves de la materia tratada en cada página, en ésta concretamente la nota dice: «Que en algunas partes no se pueden criar árboles porque los quiebra el viento» (Torquemada, 1982; 440). Digno de notar es el hecho de que entre la larga lista de desperfectos causados por este tremendo viento, entre los que se enumeran el poder alzar de la mar «una nao en el aire y dar con ella en tierra, cosa que parece increíble», o «levantar los montes del agua y dar con ellos sobre las naves y anegarlas, tomándolas debajo de sí, y levantar los techos de las casas y llevarlos muy lejos» (Torquemada, 1982; 439-440), el ejemplo que viene señalado en el margen es el que se refiere a la ausencia de árboles, como cosa más notable. No sé si responde esto a un deseo de incrementar para el lector la idea de maravilla que podrían sugerir barcos voladores y caballeros arrastrados, o si por el contrario vemos aparecer aquí, a través de esta decisión, seguramente editorial, a un Torquemada, más racional de lo que comúnmente se espera de él, que ofrece un detalle naturalista basado en la observación (lectora, hemos de precisar) de un hecho constatable: el de la ausencia de árboles en determinada región debido a la adversidad climática. Me decanto a pensar que los impresores de este libro tomaron como hecho notable el que la fuerza continua del viento impidiera el crecimiento de árboles y que los casos de barcos transportados y caballeros trastornados no pasaba más allá de lo meramente anecdótico, por ser cosas tan vistas en los libros de caballerías, pero quizá sea una idea peregrina. Lo que queda de manifiesto en la descripción de estas tierras es la absoluta impotencia de gentes, construcciones y vegetación ante el poder de este viento extraordinario. La imagen pintada es de desolación, y si el frío es tolerable para los moradores, este viento que arrasa con todo no lo es «y esto todo [condiciones climáticas adversas como el frío] es muy tolerable a las gentes, en comparación de la fuerza del viento cierzo que la mayor parte del año corre en algunas provincias» (Torquemada, 1982; 439). Dicho esto, las descripciones citadas arriba se insertan

aquí como un detalle más en una descripción más general en la que el autor se detiene rápidamente en explicaciones específicas de los árboles, pero nada nos dice de especies, tamaños o ubicación concreta. Torquemada nos ofrece otro factor anecdótico en lo referente a las violencias que sufren los árboles septentrionales, si tomamos en cuenta las acciones de cierta hechicera, Agaberta, «hija de un gigante que se decía Vagnosto», que describe del siguiente modo:

y según las cosas que hacía, era opinión entre las gentes que podía en un instante oscurecer el sol y la luna y estrellas, allanar las tierras, trastornar los montes, *arrancar* los árboles, secar los ríos, y hacer otras cosas semejantes, tan fácilmente, que parecía tener atados y aparejados todos los demonios a su mandato (Torquemada, 1982; 447-448, cursiva mía).

2. A esta constatada escasez (tanto cualitativa como cuantitativa) Torquemada contrapone la idea de abundancia en algunos breves apuntes de su tratado, pero casi siempre desde una perspectiva vaga, con escasas precisiones. Uno de los interlocutores del tratado sexto, Luis, cuenta a su vez lo siguiente, que cobra ya desde el principio tintes extraordinarios:

Yo me acuerdo que leyendo en cierto autor, el cual contaba algunas cosas maravillosas, decía una: y era que en cierta parte de estas tierras había una montaña muy grande, rodeada toda de la mar, que no quedaba sino una entrada muy angosta de la tierra, de manera que casi parecía isla; y que estaba esta montaña *llena de árboles, tan espesos y tan altos*, que parecía tocar en las nubes [...] por todos estos árboles se veían tan gran abundancia de unas aves negras muy grandes, que casi los cubrían, y que cuando se alzaban en el aire hacían una nube tan grande, que oscurecía en gran parte la claridad del sol (Torquemada, 1982; 449-450, subrayado mío).

10. En este pasaje, de nuevo encontramos cierta vaguedad descriptiva, buscando el autor referir aquí lo maravilloso de esta montaña mediante la acumulación hiperbólica de la enorme altura y de los pájaros innumerables, más que con detalles concretos, salvo de nuevo su tamaño «unas aves negras muy grandes»; ni refiere la especie, ni las compara con algo conocido. La gran copia de árboles y su calidad de espesos y altos añaden entonces mayor fuerza a este descomunal monte, realzando incluso su altura pétreo, como lo hacen también los susodichos pájaros que hacen ascender el conjunto descriptivo hasta el cielo, tapando el sol. Los árboles, entonces, vienen a formar parte y contribuir a la imagen de un portentoso lugar, como un elemento más en la imagen global.

11. La abundancia de árboles se puede inferir igualmente en unas pinceladas casi costumbristas en la obra de Torquemada, que describe a los

Hiperbóreos como una «gente bienaventurada. [...] Los bosques son sus casas; en el día danles mantenimiento los árboles» (Torquemada, 1982; 395); y en otra descripción de los moradores del Norte se dice:

Para los grandes fríos se remediarán en las cuevas hondas, o con grandes fuegos, pues tienen *gran abundancia de leña en los bosques y montes* [...] cuando les faltare luz, se aprovecharán del lardo de los pescados y de la grosura y sebo de las bestias, y se alumbrarán con ello, o *con teas y astillas de los árboles que tengan alguna manera de resina*, las cuales suplen en muchas partes por candelas (Torquemada, 1982; 431, cursiva mía).

3. Hasta aquí, y aunque asome casi siempre la constante presencia de lo maravilloso, que es lo que en gran parte contienen los seis tratados, no se puede hablar de un verdadero interés por la cuestión botánica por parte de nuestro autor, y ya casi acabado el libro encontramos una explicación plausible. El autor no parece descubrir ninguna singularidad con respecto a los árboles del Norte y de manera muy explícita renuncia entrar en detalles:

** Y porque no nos detengamos en cosas tan llenas de ponzoña y tósigo [hablaba de serpientes], pasaré adelante; *y aunque podría decir las diferencias y calidades de muchos árboles* que en aquellas grandes frialdades y nieves y hielos se crían, *tan grandes y tan crecidos que de ellos se hacen todos los años muchas naos y mástiles de ellas, por muy altos y gruesos que sean, no quiero alargarme en las particularidades de ellos, porque difieren poco de los de acá,* *** solamente diré de uno que llaman Betulnio que es grande y grueso, y está verde siempre sin perder la hoja en todo el año, y la gente común, por esta causa, le pusieron nombre *árbol sagrado*, no entendiendo su virtud y propiedad, la cual es tan cálida que, contra todos los fríos, sustenta su verdura; y así, muchas serpientes hacen sus cuevas y manidas entre sus raíces y se meten en ellas, porque allí se defienden con su calor del rigor de las frialdades. Los otros árboles, que no pueden resistirlas, brotan sus hojas y frutos en el verano, desnudándose de ellas generalmente en el invierno, y lo mismo hacen las otras plantas y hierbas, de las cuales muchas son de las que conocemos y usamos comúnmente entre nosotros; y otras son muy diferentes y que no han venido a nuestra noticia (Torquemada, 1982; 492-493, cursiva mía).

12. En suma, su descripción da cuenta de árboles de hoja perenne y otros de hoja caduca, como se pueden encontrar desde luego en países más meridionales. Aunque no desarrolla en exceso lo relativo a lo arbóreo, es digno de señalar el que se detenga en el uso de la madera para la construcción naval, dando prueba aquí de la importancia de este tipo de relato, entre geográfico y etnográfico, como fuente de información sobre tierras lejanas. No deja de sorprender que en el espacio de dos líneas se refiera dos veces al tamaño descomunal de los árboles del Norte. Eran desde luego muy apreciados y Torquemada da muestras de saberlo de sobra y lo señala él o sus

editores con sendas marcas en el texto que nos renvían a los márgenes donde se lee «Árboles», y «Árbol Betulnio», como elementos reseñables de esta página. El suministro de madera proveniente de los países del Norte en los astilleros de la Corona de Castilla fue fundamental para la industria no solo comercial sino la bélica, como ha demostrado meridianamente Germán Jiménez Montes en sendos trabajos de investigación (2016, 2020 y 2022).

4. No tiene por qué llamar la atención el desinterés del autor ante unos árboles que le parecen sin duda muy de andar por casa y nada extraordinarios (excepción hecha del tamaño), incluso el ejemplo que da del árbol sagrado que no pierde sus hojas tiene poco de espectacular en un libro donde se describen las jerarquías de de los ángeles caídos, donde abundan historias de fantasmas, de las propiedades milagrosas de los ríos, y un largo etcétera de materia maravillosa. En Castilla, de todos modos, había aún abundancia de encinas, cuyas hojas eran capaces de aguantar los rigores de veranos e inviernos de la Meseta, con lo cual el árbol sagrado no parece en sí encerrar grandes misterios. Sin embargo, nuestro autor se deja llevar aún mínimamente, como podemos observar, por el detalle de la serpiente, cuya descripción parece interesarle más que la «virtud y propiedad» del árbol. Los interlocutores de Antonio no retoman apenas la materia evocada aquí y pasan a otros temas de mayor interés, como la condición de cristianos de «todas estas provincias y tierras que se han nombrado» (Torquemada, 1982; 493).

13. Entonces, los árboles y bosques del Norte no gozan, en el *Jardín de flores curiosas*, de un tratamiento particular y manifiesto. Acabamos de ver en el fragmento recién citado la poca importancia concedida a los árboles como tema específico. En aquellos lugares en los que el autor se detiene lo suficiente como para evocar una presencia arbórea se puede ver una relación estrecha, en muchos casos, con otras consideraciones que rozan en lo maravilloso, ya sea por lo descomunal (grandes montañas cubiertas de árboles, y estos de aves), ya por la relación entre el árbol (aunque sea poco maravilloso en sí) y otros acontecimientos, pensemos en los efectos del viento violento de la primera cita.

14. El *Jardín* es un libro de maravillas y cosas extraordinarias, y si hemos de buscar descripciones de árboles ha de ser en este campo, porque el interés del autor se fija sobre todo en lo extraordinario y no en lo ordinario. No puedo dejar de lado, aunque se trate de un producto derivado del árbol,

la descripción que hace Torquemada de la práctica septentrional de algo parecido al esquí, práctica a la cual dedica unas cuantiosas líneas en las que se muestra lleno de admiración ante las distancias que se pueden recorrer con este medio insólito de transporte:

Los de a pie cuando quieren, caminan como por la posta, tanto, que no hay caballo que corriendo haga más camino que ellos [...] es una invención que holgaréis de oírla. Los que han de caminar a pie encima de los hielos, si quieren hacer con brevedad un camino, toman un madero rollizo de una madera muy fuerte, y por sola una parte es llano, sobre la cual asientan los pies, atando el pie siniestro al madero y llevan el derecho suelto, en el cual llevan un zapato hechizo, y a la punta con un hierro hecho de tal manera, que aunque den un gran golpe en el madero, ningún daño recibe el pie, porque da en hueco; y en las manos llevan unos bordones grandes, como medias lanzas, con tres puntas muy agudas al cabo, [...] yendo uno o muchos en compañía, puesto cada uno encima de su palo, sacan el pie derecho atrás y danle un muy gran puntapié, y el palo rollizo comienza a resbalar por el hielo, con gran ligereza, que algunas veces no para en tanto trecho como un grandísimo tiro de ballesta, y aún más (Torquemada, 1982; 457).

15. Despachada esta detallada anécdota, pasaré a unos casos muy concretos de *mirabilia*, mucho menos explicables, que se podrían encontrar realmente en cualquiera de los tratados anteriores porque presentan descripciones de lo que, para un lector peninsular, rozan lo increíble, por no decir milagroso.
16. Ofreceré para terminar esta excursión norteña dos ejemplos, yendo del menos notable al más llamativo, relacionados ambos con animales extraños. Torquemada nos ofrece, en una sección zoológica en la que detalla la cría y utilización de los renos, una también larga descripción de un animal curioso:

Hay también otros animales llamados *gulones*, del tamaño de un perro grande, las facciones como de gato, las uñas muy largas y fuertes, la cola como de raposo: éstos cuando cazan o matan alguna bestia comen de ella hasta que nos les puede caber más en el estómago o vientre, el cual se hincha tanto, que parece que quieren reventar; y cuando se sienten así, se meten por lo más espeso de los montes hasta que hallan dos árboles muy juntos, y metiéndose entre ellos, aprietan el vientre de manera que forzosamente vienen a vomitar lo que han comido, y acabando de hacerlo, tornan a comer otro tanto, y también a vomitarlo, y tantas veces hacen esto que acaban de comer toda la bestia, por muy grande que sea. [...] Los pellejos de estos son de mucho precio, y la manera de poderlos cazar y matar, porque son muy bravos, es que los cazadores llevan una bestia muerta adonde sienten que los hay, y ellos están escondidos, o puestos en algunos árboles que tengan las ramas espesas, y cuando le ven con el vientre lleno, tíranle con saetas (Torquemada, 1982; 468-469).

17. La asociación entre animal extraño y el árbol es aquí tenue, el árbol es mero elemento decorativo o como mucho el instrumento del que se sirve la bestia, única protagonista de este ejemplo, para su bulímica acción y peregrino remedio vomitivo, o como lugar en el que se ocultan los cazadores astutos esperando la presa.

18. El último ejemplo que quisiera presentar aquí es sin lugar a duda el más singular. En las postreras páginas del tratado sexto, dedicadas a largas descripciones de animales y peces, y en el que se habla de diversos tipos de pájaro, se nos da la siguiente descripción de un árbol capaz de una extraordinaria generación (una tradición de la que da ciertos variantes interesantes Van der Lugt, 2004; 155-164):

Son [las ánades] de diversas maneras, así en el color como en el tamaño; pero grandes y pequeñas son de una misma hechura; y algunos autores de los de aquella tierra afirman que cierto género de estas ánades son de las que se hacen y crían de las hojas de los árboles que en Escocia caen en la aguas de un río, como ya dijimos, y haciéndose primero de ellas un gusano, viene a emplumecer y crecerle las alas y volar. Y Olao dice que ha visto autores escoceses que dicen que estos árboles y ánades, que de sus hojas se crían, principalmente los hay en las islas que llaman Orcadas; y también afirman que hay ánsares nacidas o criadas de esta misma manera, las cuales se diferencian de las otras en la color y en algunas otras particularidades; y pues hay tantos autores que dan testimonio de esta maravilla, bien la podremos creer, sin pecar en ello (Torquemada, 1982; 486-487).

19. Escocia, por ser «tierra tan vecina nuestra» (Torquemada, 1982; 487) no forma parte de las tierras septentrionales para Torquemada, pero llama la atención el que nos hable de esta generación maravillosa en relación con las aves que se encuentran en el Norte. Trata más extensamente de esta leyenda en su segundo tratado en el que habla de las propiedades de los ríos, fuentes y el paraíso terrenal. Si en su relato escandinavo el autor no esboza ni la menor duda en cuanto a la veracidad de lo que cuenta, en el tratado segundo en el que da otros casos semejantes de generación milagrosa, emite ciertas reservas, alegando que quizá «sea cosa fingida» (Torquemada, 1982; 205), no sin antes referir varias historias, entre ellas una referida a Escocia que atribuye a Eneas Silvio Piccolomini (el papa Pío II):

El cual dice que en Escocia, a la ribera de un río, nacen unos árboles, cuyas hojas, cayendo al agua y podriéndose, engendran en sí un gusano que poco a poco va creciendo y emplumece, y levantando sus alas, vuela y anda por el aire (Torquemada, 1982; 205).

20. Casi todos los casos conciernen árboles cercanos al agua, hojas que caen y que al tocar el agua se transforman en ave acuática.

Otros hay —afirma Torquemada, por voz de su *alter ego* Antonio— que dicen que estos árboles eran muchos, y que así, eran muchas las aves que se criaban; pero si ahora los hay, no se saben cuáles sean, a lo menos, nosotros no tenemos noticia de ellos (Torquemada, 1982; 205).

21. El ejemplo escocés, y otro que refiere Torquemada como producido en Inglaterra «en otros tiempos» (Torquemada, 1982; 205), es quizá más fácilmente comprobable por el público lector, tomando en cuenta las relaciones que podían traer marinos que comerciaron con las islas británicas, o diplomáticos del quinientos que hubieran podido pasar tiempo en esas tierras, y Torquemada se cura en salud. Como también se cura en salud al referir otro caso más cerca de casa:

Me acuerdo haber leído en un epitafio que está escrito en el Mapamundi que imprimió un Veneciano, llamado Andreas Valvasor, que un Andreas Rofo, vecino de aquella ciudad, *** tenía al presente dos de estos pájaros de tamaño de dos ánades pequeñas, y que se los habían llevado de España; pero en esto yo creo que debe estar errada la letra, y que había de decir Inglaterra o de Escocia, pues no estaría tan encubierto este milagro, si en España estas aves se engendrasen o se criasen (Torquemada, 1982; 205).

22. Curiosamente, en la nota marginal «***» que acompaña este relato se lee lo siguiente: «Estos árboles, de cuyas hojas se crían estas aves, es común opinión que están en una isla de las Cícladas» (Torquemada, 1982; 205 nota). No deja de llamar la atención este aparente error, que quizá demuestre la ausencia de un texto suprimido, sin que se hiciera lo propio con la nota. Sin embargo, en lo que se refiere a lo que afirma acerca de las tierras septentrionales, en el último tratado del libro, regiones desconocidas y lejanas, no hay quién pueda contradecir la veracidad de su historia de árbol de milagrosos poderes generativos, de ahí que dé la información como verosímil quizá en ese momento, aunque en los casos expuestos del segundo tratado emita cierto escepticismo sobre lo relatado.

23. Son muy pocos los ejemplos de árboles los que he evocado en estas páginas, por no ser un tema mayor de los que interesan al autor, y aunque la lista de descripciones no es exhaustiva, los demás ejemplos no ofrecen nada nuevo, si no es a nivel de anécdotas aisladas: una bruja que entre otros prodigios arranca árboles (como hemos visto), peñas impresionantes

cubiertas de vegetación densa, o materia para que el hombre haga uso de su ingenio: es el caso de los esquís y los trineos que producen gran admiración en nuestro autor. El árbol en Torquemada, como tantos otros aspectos que aborda, existe ahí donde se encuentra algún elemento extraordinario, pero nunca o casi nunca como objeto en sí digno de interés, ni por sus cualidades madereras ni por los frutos que dan, que apenas se mencionan. Llama la atención que, si bien Torquemada nos brinda algunos vocablos locales relativos al mundo animal o a instrumentos de diversa factura, nos ofrece el nombre de un solo árbol, el sagrado Betulnio que protege a las culebras en sus raíces. Este detalle puede servir para probar el escaso interés que parece despertar en él lo arbóreo o vegetal, que a menudo se queda en mero telón de fondo de otras historias, excepción hecha del árbol que produce los ánades. Todas las gentes, animales, costumbres y hechos enumerados se incluyen por su carácter altamente diferenciable de lo que podía ser familiar para un lectorado castellano, o europeo meridional. Los árboles ocupan un lugar insignificante en su obra, pero allí donde aparecen, lo hacen para dar mayor relieve a algún relato insólito. Son los árboles una especie de decorado en la mayoría de los casos, e incluso donde se podría adjudicarles un grado mayor de protagonismo se ven eclipsados por otras maravillas mayores. El árbol que genera una especie de patos no es sino una percha inmóvil no identificada de la cual caen hojas que experimentan una metamorfosis; el árbol sagrado pierde su protagonismo inicial para dar lugar a la descripción de las serpientes que lo habitan, y por lo demás, son los árboles elementos decorativos casi anónimos y a menudo puntuales en su obra. En ese *Jardín de flores curiosas*, no parecen tener cabida lo vegetal en general ni los árboles en particular y rara vez se elevan al grado de protagonistas de las historias. El autor destierra, en suma, de su placentero vergel todo lo que no quepa en sus ordenadas relaciones de prodigios, quizá simplemente por ceñirse a sus relatos de maravillas y no irse por las ramas.

Bibliografía

ALLEGRA Giovanni, ver TORQUEMADA.

DAVIDSON Peter, *The Idea of the North*, Londres, Reaktion Books, 2005 [citado en Niemöller, 2013].

DÍEZ FERNÁNDEZ José Ignacio, «Veracidad y verosimilitud en los Siglos de Oro: el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada», in *Nociones de literatura: Seminario de Teoría de la literatura de Cádiz*, HERNÁNDEZ GUERRERO José Antonio (coord.), Cádiz, Universidad de Cádiz, 1994, p.147-158.

_____, «Desde el frío con amor: Antonio de Torquemada y Miguel de Cervantes», en *La maravilla escrita: Antonio de Torquemada y el Siglo de Oro*, ALONSO PERANDONES Juan José, MATAS CABALLERO Juan y TRABADO CABADO José Manuel (coord.), León, Universidad de León, 2005, p.33-54.

GÓMEZ-MONTERO Javier, «El diálogo en la encrucijada del pensamiento renacentista: la *chorografía borealis* del *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada», en *Del pensamiento al texto. Textualización del saber en el Renacimiento español*, GERNERT Folke, GÓMEZ-MONTERO Javier y SERRANO Florence (eds.), Vigo, Academia del Hispanismo, 2013, p.151-180.

GRACE Sherrill, *Canada and the Idea of North*, Montreal, MQUP, 2007 [citado en Niemöller, 2013].

JIMÉNEZ MONTES Germán, «Maestres de navío del Norte de Europa en la Baja Andalucía (1570-1600)», en *Ciudades y puertos en Andalucía en un Atlántico global, siglos XVI-XVIII*, GARCÍA BERNAL José Jaime, IGLESIAS RODRÍGUEZ Juan José y MELERO MUÑOZ Isabel María (coord.), Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2022, p.197-218.

_____, «A Dissimulated trade: Flamencos and the Trade of North European Timber in Seville (1574-1598)», tesis doctoral defendida en Rijksuniversiteit Groningen, 2020. <https://tinyurl.com/tpzrzp73>

_____, «Las redes comerciales del Norte de Europa en el suministro de madera a Andalucía de 1581 a 1621», en *Familia, cultura material y formas de poder en la España moderna: III Encuentro de jóvenes investigadores en Historia Moderna. Valladolid 2 y 3 de junio de 2015*, GARCÍA FERNÁNDEZ Máximo (coord.), Valladolid, 2016, p.693-702.

NIEMÖLLER, Susanne, «Ideas del Norte en el Siglo de Oro», en *Del pensamiento al texto. Textualización del saber en el Renacimiento español*, GERNERT Folke, GÓMEZ-MONTERO Javier y SERRANO Florence (eds.), Vigo, Academia del Hispanismo, 2013, p.219-240.

RESTA, Ilaria, «La traducción de la miscelánea española en la Italia del XVI: el *Jardín de flores curiosas* en la versión de Malespini», en *Artifara*, 17, 2017, p.83-98.

RUBIO ÁRQUEZ Marcial, «La traducción italiana del *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada», en *La maravilla escrita: Antonio de Torquemada y el Siglo de Oro*, ALONSO PERANDONES Juan José, MATAS CABALLERO Juan y TRABADO CABADO José Manuel (coord.), León, Universidad de León, 2005, p.639-654.

TORQUEMADA Antonio de, *Jardín de flores curiosas*, ed. de ALLEGRA Giovanni, Madrid, Castalia, 1983.

VAN DER LUGT, Maaïke, *Le ver, le démon et la Vierge. Les théories médiévales de la génération extraordinaire*, Paris, Les Belles Lettres, 2004.